

de cómo en ellos se escriben nuestros pecados; hemos también demostrado cómo se pueden borrar otra vez, si queremos. Recordad todo lo dicho; y si no podéis todo, más que de nada acordaos de lo dicho sobre los libros: y en todas vuestras respuestas hablad con toda cautela, como quien tiene delante un testigo que todo lo va escribiendo, y conservad siempre fresco en la memoria este discurso; para que por una parte, los que estáis inscritos en el libro de los justos aumentéis el número de las buenas obras, y los que tenemos escritos allí muchos pecados, borrándolos aquí sin que nadie lo sepa, nos libremos de verlos allí publicados entonces. Porque no es posible, como hemos demostrado, con diligencia, oración y devoción constante borrar todos aquellos pecados. Pongamos, pues, empeño en esto continuamente, para que, salidos de esta vida, podamos allí alcanzar alguna indulgencia de nuestras culpas y evitar todos aquellos suplicios inexorables; ¡ojalá que libres de ellos todos nosotros seamos dignos del reino de los cielos por la gracia y benignidad de nuestro Señor Jesucristo, con el cual sea el Padre juntamente con el Espíritu Santo la gloria, el imperio y el honor, ahora y siempre y por los siglos de los siglos! Amén.

# **SOBRE LA FIESTA DE PENTECOSTES**

## **HOMILIA SEGUNDA**

Tampoco en esta homilía hay señal alguna por la que se pueda conjeturar el tiempo en que fue pronunciada.

He aquí sus ideas culminantes:

I. Grandeza singular de la fiesta de Pentecostés. Efectos de la venida del Espíritu Santo.

II. Arguye contra los Pneumatómacos (impugnadores del Espíritu Santo), probando cómo el Espíritu Santo es Dios como el Padre y el Hijo: concluido este argumento.

III. Pasa a explicar por qué el Espíritu Santo no bajó inmediatamente después de la Ascensión, sino que quiso ser esperado por algunos días, y además.

IV. Por qué bajó precisamente en forma de lenguas.

V. Pondera cómo el fruto principal del Espíritu Santo es la caridad, y termina exhortando a esta virtud.

## **I**

Grandes son y superiores a todo humano discurso las gracias que hoy nos ha concedido la benignidad de nuestro Dios; alegrémonos, pues, todos, y llenos de júbilo cantemos himnos a nuestro Señor. Día de fiesta y solemnidad es para nosotros el día de hoy. Así como las estaciones del año se van sucediendo las unas a las otras, así en la Iglesia una fiesta sucede a otra fiesta, y la pasada nos transmite a la venidera. Poco ha celebrábamos la Cruz, la Pasión, la Resurrección, y más tarde la Ascensión a los cielos de Nuestro Señor Jesucristo; hoy hemos avanzado ya hasta el límite mismo de los bienes, nos hemos adelantado hasta la metrópoli de las fiestas, hemos llegado a recoger el fruto de la promesa del Señor. *Si yo me retirare, decía, os enviaré otro Consolador, y no os dejaré huérfanos* (Jn. 16, 7). ¿Veis aquí su solicitud? ¿veis su inefable benignidad? Algunos días antes de hoy

subió al cielo, ocupó el trono real, tomó su puesto a la diestra del Padre; hoy nos concede liberalmente la venida del Espíritu Santo, y por él nos da innumerables dones el cielo. Porque, decidme, ¿qué cosas de las que contribuyen a nuestra salvación se nos dejó de dar por el Espíritu Santo? por él nos libramos de la servidumbre, somos llamados a libertad, nos elevamos a la adopción de hijos de Dios; somos, por decirlo así, formados de nuevo, y deponemos la abrumadora y fétida carga de los pecados; por el Espíritu Santo vemos los coros de los sacerdotes, y tenemos la jerarquía de los doctores; de esta fuente brotan la gracia de las revelaciones y el don de curaciones; y, en fin, todas las otras prerrogativas que adornan a la Iglesia de Dios, aquí tienen su principio. Así lo anuncia San Pablo al decir: *Todo esto lo obra el mismo indivisible Espíritu, distribuyendo en particular a cada uno como le place* (1 Cor. 12, 11). “Como le place”, dice, no “como se le ordena”; “distribuyendo”, no “distribuido”; “por propio impulso”, no “sujeto a impulso ajeno”. Porque la misma potestad que declaró en el Padre, la misma se la atribuye también el Apóstol al Espíritu Santo. Y así como hablando del Padre, dice: *Dios es quien todo lo obra en todos*, así también atestigua del Espíritu Santo (1. Cor. 12, 16): *Todo esto lo obra el mismo indivisible Espíritu Santo, distribuyendo en particular a cada uno como le place*. ¿Ves aquí la potestad absoluta? Porque si tienen una misma naturaleza, evidentemente tienen un mismo poder; y si tienen la misma gloria y majestad, tienen, sin duda, la misma virtud y autoridad. Por él obtuvimos el perdón de los pecados, por él lavamos todas las manchas; por su don y beneficio, de hombres nos hicimos ángeles los que recibimos la gracia, no mudando de naturaleza, sino lo que es mucho más admirable, permaneciendo en la naturaleza humana y ostentando en nosotros el modo de vivir de los ángeles.

Tal como esta es la virtud del Espíritu Santo. Y así como este fuego sensible, cuando se apodera del barro deleznable, lo convierte en duro ladrillo, así también el fuego del Espíritu Santo cuando se apodera de un alma agradecida, aunque la halle más deleznable que el barro, la convierte en más dura que el hierro; y al que poco antes se hallaba corrompido en el cieno del pecado, al punto lo para más resplandeciente que el sol. Y esto es lo que nos enseñaba S. Pablo cuando clamaba: *No os equivoquéis: ni los fornicarios, ni los idólatras, ni los adúlteros, ni los muelles, ni los sodomitas, ni los ladrones, ni los ebrios, ni los maldicientes, ni los dados a la rapiña, poseerán el*

*reino de Dios* (1 Cor. 6, 9-10). Y después de haber enumerado cada una, por decirlo así, de las especies de maldad, y enseñado cómo los reos de tales culpas quedan enajenados del reino de Dios, añadió a continuación: *Y esto erais algunos de vosotros; pero fuisteis lavados, pero fuisteis santificados, pero fuisteis justificados* (Ib., v. 11). ¿De qué manera? respóndenlos; porque esto es lo que tratamos de averiguar. *En el nombre del Señor Jesucristo, dice, y en el Espíritu de nuestro Dios* (Ibid.). ¿Ves, amado (hijo), la virtud del Espíritu Santo? ¿Ves cómo es el Espíritu Santo quien borró toda esta maldad, y a los que por sus propios pecados se veían perdidos los elevó de repente al honor más encumbrado?

## II

¿Quién, pues, será capaz de llorar y lamentar, como se merece, a los que se lanzan a blasfemar de la majestad del Espíritu Santo, los cuales, como perdido el seso, ni siquiera en atención a la grandeza de los beneficios recibidos consienten en despojarse de su ingratitud, antes no hay cosa que no se atrevan a hacer contra su propia salvación, y privando al Espíritu Santo, en cuanto está de su parte, de la dignidad de Señor, tratan de relegarlo a la condición de criatura? A los cuales bien quisiera yo preguntarles: ¿por qué razón, insensatos, declararéis tal guerra contra el Espíritu Santo, o mejor contra vuestra propia salvación, y ni siquiera queréis que se os acuerden las palabras que el Salvador dijo a los discípulos: *Id, y enseñad a todas las naciones, bautizando a todos en el nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo* (Mt. 28, 19)? ¿No veis aquí una majestad igual en gloria? ¿No veis una concordia perfectísima? ¿No veis una indivisible Trinidad? ¿Hay aquí alguna diferencia, mudanza o disminución? ¿Cómo os atrevéis vosotros a añadir nada de vuestra cosecha a las palabras del Señor? ¿No sabéis que aun en los negocios humanos, si uno tiene el intento o la osadía de añadir o quitar algo a un documento del Emperador, que al fin es participante de nuestra misma naturaleza, se le castiga con el último suplicio, sin que haya medio de librarle de la condena? Pues si tal peligro hay tratándose de un hombre, ¿qué perdón habrá jamás para los que llegan a semejante locura e intentan adulterar las palabras de nuestro divino Salvador, ni quieren escuchar a Pablo, por cuya boca habla Cristo, que con poderosa voz clama, diciendo: *Ni ojo vio, ni oído oyó, ni cupo en corazón de hombre lo*



*que preparó Dios para los que le aman* (1 Cor. 2, 9)? Si, pues, ni ojo vio, ni oído oyó, ni hubo corazón en que cupiese el conocimiento de las cosas preparadas para los que le aman, ¿cómo podrá ser, oh santo Apóstol, que alcancemos nosotros su conocimiento? Esperad un poco, y pronto oiréis cómo también esto nos lo enseña. En efecto, añadió la siguiente cláusula: *Pero a nosotros nos lo reveló Dios por su Espíritu* (Ib., v. 10); ni se detuvo en estas palabras, sino que, para mostrar la grandeza de su poder, y cómo es de la misma substancia que el Padre y el Hijo, añade: *Porque el Espíritu todo lo penetra, aun lo profundo de Dios* (Ibid.). Queriendo luego hacernos ver la doctrina con más claridad por ejemplos humanos, añadió: *Porque, ¿quién de los hombres sabe las cosas del hombre, sino el espíritu del hombre que está en él? Así también, nadie conoce las cosas de Dios, sino el Espíritu de Dios* (Ib., v. 11). ¿No ves aquí una instrucción completa? A la manera, dice, que lo que se encierra en la mente del hombre no es posible que lo conozca ningún otro, sino que él sabe lo suyo, así también las cosas de Dios nadie las conoce, sino el Espíritu de Dios: que es muy grande y apto argumento para demostrar la dignidad del Espíritu Santo. Porque nos puso un ejemplo, como si dijera: Es imposible que ningún hombre ignore lo que tiene en su pensamiento. Pues bien; así como esto es imposible, así es cierto que con esta misma precisión sabe el Espíritu Santo las cosas de Dios. Y no se cómo también al decir esto el bienaventurado Apóstol, deje de herir a los que, según su privado parecer, declaran con daño propio tan terrible guerra a la dignidad del Espíritu Santo, y, en cuanto les es dado, le privan de la gloria de Señor y le reducen a la vileza de las criaturas. Pero aunque ellos muevan rencillas oponiéndose a las sentencias de la divina Escritura, nosotros, recibiendo sus divinos documentos como oráculos bajados del cielo, dirijámosle las debidas alabanzas como a Dios, y juntamente con la rectitud de nuestra fe, mostremos tener exacto conocimiento de la verdad.

### III

Basta, pues, lo dicho contra los que se empeñan en enseñar doctrinas contrarias a lo que el Espíritu Santo dice; ahora es necesario mostrar a vuestra caridad por qué razón el Señor no nos concedió la causa de tan grandes bienes en seguida después de su Ascensión, sino que dejó a los discípulos que esperasen primero algunos días y estuviesen recogidos, y entonces les envió la gracia del Espíritu Santo.

Tampoco esto sucedió al acaso y sin motivo. Bien sabía la condición de los hombres, que no suelen admirar los bienes que tienen entre manos, ni estimarlos en lo que merecen, por más que sean agradables y grandes, si no experimentan las acometidas de los males contrarios. Así, por ejemplo, pues es preciso decirlo más claro: el que tiene buena salud y robustez corporal, ni siente ni puede saber con determinación cuántos bienes recibe de la salud, si no llega a sentirse débil y experimentar la enfermedad; y asimismo, el que ve la luz del día no admite tanto su resplandor, si no ha experimentado las sombras de la noche. Porque la experiencia de las cosas contrarias es siempre maestra que claramente nos hace ver las cosas de que primero habíamos gozado. Pues por esta razón también entonces, como habían gozado los discípulos con la presencia de su Maestro de innumerables bienes, y por su continuo trato con él disfrutaban de toda felicidad, pues todos los habitantes de Palestina los miraban como a unas lumbreras, por verlos resucitar muertos, limpiar leprosos, fugar a los demonios, curar enfermedades y hacer otras muchas maravillas, ya, pues, que se veían en tanta gloria y hechos objeto de todas las miradas, permitió que se vieran destituidos por breve tiempo del poder que les comunicaba, para que, al verse en tal privación, entendieran cuántos bienes les concedía la presencia de su bondad, y, con el sentimiento y recuerdo de los bienes pasados, recibieran con más fervor el don del Espíritu Consolador. Y en efecto; hallándolos llenos de tristeza, los consoló; envueltos en sombras de dolor por la partida de su Maestro, los iluminó con su divina luz; derribados en tierra, los levantó; disipó las nubes de su desaliento, y desvaneció sus dudas y ansiedades. Porque como habían oído la voz del Señor: *Id, y enseñad a todas las naciones* (Mt. 28, 19), y se hallaban dudosos sin saber adonde debería cada uno dirigir su rumbo, y en qué región de la tierra habrían de pregonar la divina palabra; descendiendo sobre ellos el Espíritu Santo en forma de lenguas, designa a cada uno las regiones que ha de evangelizar, y por medio de la lengua que a cada uno reparte le da a conocer, como en un documento, el límite determinado del cargo y potestad doctrinal que se le encomienda.

#### IV

Esta es la razón por qué se presentó en forma de lenguas; y no fue esta la única, sino también para recordarnos un suceso antiguo. Porque ya que antiguamente los hombres, fuera de sí por la soberbia,

trataron de elevar una torre que subiera hasta el cielo, y deshizo Dios su malvado concierto con la división de las lenguas, por eso también ahora baja sobre ellos el Espíritu Santo en forma de lenguas, para unir por este medio el orbe de la tierra dividido. Y sucedió una cosa nueva y peregrina: que así como allá antiguamente las lenguas dividieron al mundo y rompieron la perversa unión que lo enlazaba, así, por el contrario, ahora, unieron a toda la tierra y redujeron a concordia lo que estaba separado. Bajó, pues, en forma de lenguas, por la razón expuesta; y eran las lenguas a manera de fuego, por causa de las espinas del pecado que en nosotros habían crecido. Porque así como la tierra, aunque sea fértil y jugosa, si no es cultivada, brota abundante cosecha de espinas, así nuestra naturaleza, hermosa y buena de parte de su Criador, y dispuesta a producir el fruto de la virtud, —por no ser surcada con el arado de la piedad, ni recibir la semilla del conocimiento de Dios—, produce, como espinas y pernicioso maleza, la impiedad. Y a la manera que muchas veces no se descubre la superficie de la tierra por la muchedumbre de espinas y malas hierbas, así tampoco aparecía la nobleza y limpieza de nuestra alma, hasta que presentándose el verdadero cultivador de la naturaleza humana, y lanzando sobre ella el fuego del Espíritu Santo, la purificó y la dispuso para recibir la celestial semilla.

Tales son, y aun más que estos, los bienes que por esta fiesta nos vinieron. Por esta causa os exhorto, que la celebremos regocijados, no coronando las puertas, sino hermoando las almas; no adornando la plaza con tapices, sino embelleciendo el alma con las galas de la virtud, para que así podamos recibir la gracia del Espíritu Santo y recoger los frutos que de él proceden.

## V

Y ¿cuál es el fruto del Espíritu Santo? Oigámoslo de los labios de Pablo: *El fruto del Espíritu*, dice, *es caridad, gozo, paz* (Gal. 5, 22). Mira la exactitud de sus palabras, la lógica de su doctrina; puso por delante de la caridad, y luego mencionó lo que la sigue: fijó la raíz, y luego nos enseñó el fruto; echó el cimiento, y luego construyó el edificio; comenzó por la fuente, y luego llegó a sus arroyos. Porque no puede entrar en nosotros y conmovernos la causa de la alegría, si primero no consideramos por nuestra la felicidad ajena, y no miramos como propios los bienes del prójimo; y esto de ninguna otra parte



puede venir, si no prevalece y redundo el imperio de la caridad. La caridad es raíz y fuente y madre de todos los bienes; pues como raíz produce sin número los ramos de la virtud, y como fuente brota numerosos arroyos, y como madre estrecha dentro de su seno a los que se acogen a ella; y porque muy bien lo comprendía San Pablo, la llamó fruto del Espíritu Santo; y en otra parte le atribuyó tal prerrogativa, que la llamó plenitud de la ley. *Plenitud de la ley*, dice, *es la caridad* (Rom. 13, 10). Y en realidad de verdad, el Señor de todos no nos propuso otro distintivo ni carácter suficiente para aparecer sus discípulos, sino la caridad. *En esto conocerán que sois mis discípulos, en si os tenéis amor los unos a los otros* (Jn. 13, 35).

Ea, pues, acudamos todos a ella, con ella nos abracemos, con ella recibamos esta festividad; porque donde hay caridad, cesan las miserias del alma; donde hay caridad, se apaciguan las rebeldías irracionales del interior. *La caridad*, dice, *no obra en vano, no se hincha, no es ambiciosa* (1 Cor. 13, 4-5). La caridad no causa daño al prójimo; donde reina la caridad, no hay Caín que aborrezca a su hermano. Corta la fuente de la envidia, y córtase la corriente de todos los males; corta la raíz, y quitaste el fruto. Y esto lo digo con mayor solicitud por los envidiosos que por los envidiados; porque los primeros ellos mismos se causan el mayor daño y se acarreamos gravísima ruina; mientras que a los envidiados, la misma envidia ajena les puede, si ellos quieren, ser causa de corona. Mira cómo es celebrado y ensalzado cada día el justo Abel, y cómo el haber sido muerto le fue ocasión de gloria. Y mientras él, aun después de muerto, habla con gran libertad por medio de su sangre, y con clara voz arguye a su hermano homicida, éste, en cambio, quedando vivo, recibe en recompensa de sus obras el fruto de sus mismas obras, y vive sobre la tierra gimiendo y lleno de sobresalto; Abel, muerto y tendido en tierra, hablaba con mayor libertad después de la muerte; y así, como a Caín, aun estando vivo, le hizo el pecado más infeliz que los muertos, así, por el contrario, a Abel la virtud le hizo resplandecer más aún después de la muerte. Por esta razón, también nosotros, para que en esta vida y en la otra logremos mayor libertad y confianza, para que recojamos en esta festividad mayor fruto de alegría, desechemos todas las vestiduras manchadas de nuestra alma, y desnudémonos sobre todo del vestido de la envidia. Porque aun cuando nos parezca que hacemos innumerables obras buenas, de todas nos veremos desposeídos mientras nos agobie esta cruel y terrible enfermedad; ojalá todos podamos huir de



ella, y sobre todo los que hoy por la gracia del bautismo se han despojado de la vieja vestidura de la culpa, y pueden ahora competir en resplandor con los rayos solares.

Por consiguiente, vosotros los que hoy habéis sido alistados entre los hijos de Dios, los que os habéis engalanado con esa blanca vestidura, ¡ea! os lo suplico, conservad con todo empeño el resplandor que ahora tenéis, cerrad por todas partes la entrada al demonio, para que gozando más abundantemente de la gracia del Espíritu Santo, podáis producir el fruto de treinta, de sesenta y de ciento, y seáis juzgados dignos de salir con confianza al encuentro del Rey de los cielos, cuando venga a distribuir los bienes inefables a cuantos hayan pasado virtuosamente la presente vida, en Jesucristo nuestro Señor, a quien sea la gloria y el poder ahora y siempre y por los siglos de los siglos. Amén.

## HOMILIA SOBRE LOS SANTOS MARTIRES

Túvose esta homilía siete días después de Pentecostés, no se sabe qué año ni en qué ciudad. “Después de Pentecostés –dice Dübner– durante el tiempo que hoy día consagramos a la fiesta de la Santísima Trinidad y del Santísimo Sacramento, la Iglesia griega celebraba la fiesta de todos los mártires.

Orden de las ideas principales:

I. Hoy celebramos al coro y escuadrón de los santos mártires. Los mártires son semejantes a los ángeles; el haber nacido mortales no les fue dañoso, antes muy provechoso.

II. Con razón he dicho coro y escuadrón de mártires: coro, por la alegría con que sufrieron; escuadrón, por lo terrible de sus combates. Comparación de los mártires con los guerreros; admirable triunfo de los mártires contra los verdugos, luchando en condiciones muy desiguales.

III. Semejanza de la mística escala de Jacob y ponderación del tormento de los mártires puestos sobre brasas.

IV. Efectos gloriosos del martirio: en el cuerpo mismo de los mártires, en los ángeles, en los demonios; siendo el martirio participación de los trabajos de Cristo, es una honra incomparable, aun prescindiendo del premio eterno.

V. Luego no nos debe horrorizar el martirio, antes animar muchísimo, y más si se atiende al premio eterno; ponderación y descripción de la entrada de un mártir en el cielo.

VI. ¿Quién no se anima al martirio? Pero hay que empezar a imitar a los mártires desde ahora (casos prácticos). Tengamos en cuenta el premio y no el trabajo (amplificación por ejemplos). Comparemos nuestros trabajos con los de los mártires.

VII. Grabemos en nuestra alma los instrumentos de suplicio de los mártires; veámoslos también a ellos padeciendo, y no habrá cosa que se nos haga difícil, y lograremos que habite en nosotros para siempre Nuestro Señor Jesucristo.

### I

Ni siete días han pasado desde que celebramos la fiesta de Pentecostés, y ya nos tiene otra vez ocupados el coro, o mejor diré, el escuadrón y ejército de los mártires, ejército en nada inferior, sino émulo dignísimo de aquel otro ejército de ángeles que vio en sueños

el patriarca Jacob. Porque los mártires y los ángeles sólo en los nombres se diferencian; en las obras, se asemejan e igualan: ¿habitan el cielo los ángeles? también los mártires; ¿aquellos son incorruptibles e inmortales? también lo serán con el tiempo los mártires. Diréis que los ángeles son incorruptibles por naturaleza. Y eso ¿qué importa? Porque aunque los mártires están rodeados de cuerpo, pero es cuerpo incorruptible e inmortal; y no sólo eso, sino que, aun antes de que gocen de la inmortalidad, la muerte de Cristo les hermosea los cuerpos más que la misma inmortalidad. No resplandece ni luce tanto el cielo sembrado y tachonado de estrellas, como lucen y resplandecen los cuerpos de los mártires, embellecidos con la luz y hermosura de sus propias heridas. De manera que precisamente por haber muerto, por eso triunfaron: la muerte misma los corona como a vencedores, recibiendo así antes el premio que la inmortalidad. *Le hiciste un poco menor que los ángeles, de gloria y honor le coronaste* (Sal. 8, 6), dice David hablando del humano linaje; pero aun ese poquito que faltaba, Cristo nos lo concedió con su venida, ajusticiando a la muerte con su muerte.

Pero no es este mi argumento, lo que digo es que aun este mismo mal y flaqueza, la muerte, se nos ha convertido en premio; porque si no fueran mortales, no hubieran muerto; si no hubieran muerto, no hubieran sido mártires; sin muerte no hay corona; sin fin y acabamiento no puede haber martirio; si no hubiera muerte, ¿cómo podría decir San Pablo: *Cada día muero por vuestra gloria que tengo en Cristo Jesús* (1 Cor. 15, 31)? si no hubiera muerte y corrupción, ¿cómo podría decir el mismo: *Me regocijo en mis padecimientos por vosotros, y lleno en mi carne lo que resta de los sufrimientos de Cristo* (Col. 1, 24)? No nos entristezcamos, pues, de haber nacido mortales, antes demos gracias porque por la muerte se nos ha abierto el estadio del martirio; en nuestra misma mortalidad tenemos la prenda del premio, pues nos es ocasión de luchar. ¿No veis la sabiduría de Dios, que del mayor de los males que nos acarreó el demonio, de la fuente y origen de todas nuestras desgracias, de la muerte, en una palabra, sacó nuestra mayor honra y gloria, conduciendo al atleta, por medio de la muerte, al premio y corona del martirio? ¿Luego hemos de dar gracias al demonio por la muerte? De ninguna manera. Que no fue, ni muchos menos, intención suya este bien, sino gracia de la sabiduría de Dios: el demonio introdujo la muerte para perdersenos, y una vez introducida en la tierra la muerte, cortar toda esperanza de

salvación; mas Cristo, tomándola en si, la transformó y por medio de ella nos condujo al cielo.

## II

No extrañéis, por consiguiente, que haya llamado coro y ejército a la muchedumbre de los mártires, poniendo a una misma cosa dos hombres contrarios. Coro y ejército son cosas de suyo muy contrarias, pero en los mártires se unifican y confunden. Ved de qué manera: como danzantes corrían alegres a los tormentos, y como guerreros se mostraban en todo varoniles y esforzados, y vencieron a sus enemigos. Considerados en sí mismo y por fuera los hechos, son verdaderamente lucha, guerra y ejércitos de combatientes; pero si miráis a la mente y espíritu de los luchadores, todo es allá danza y convites, y fiestas, y extremado regocijo. ¿Quieres ver cómo los combates de los mártires son más horribles que la guerra? ¿Qué hay en la guerra de horrible? Pónense frente a frente en haz apretado los ejércitos, resplandecen con brillo siniestro sus armas, y cruzan el aire los dardos que, a manera de nube, lo oscurecen con su muchedumbre; la tierra se inunda con arroyos de sangre y se cubre de cadáveres, cayendo los soldados unos sobre otros, como las espigas en tiempo de siega. Vamos a ver ahora la lucha de los mártires. También aquí hay dos escuadrones: mártires y tiranos; pero ¡qué diferencia! Los tiranos están armados, los mártires luchan desnudos; y la victoria la ganan los desnudos, no los armados. ¿Quién no se asombra de que el azotado triunfe del mismo que le azote, el atado de quien le ata, el quemado de quien le quema, el muerto, en fin, de su mismo matador?

¿No ves cuánto más espantosa es esta lucha que aquella? Terrible es, ciertamente, la guerra; pero todo es en ella natural; al contrario el martirio, donde todo supera al curso natural de las cosas, para que entiendas que estas hazañas son propias de la gracia de Dios.

Además, ¿qué cosa más injusta ni más fuera de ley que estos certámenes? Porque en las guerras ármanse los soldados de entrambas partes; mas aquí no es así, sino que el uno está desnudo, el otro armado; en el pugilato, ambos pueden alzar las manos contra el enemigo; mas aquí el uno está atado, el otro descarga con libertad golpes; y arrogándose tiránicamente los verdugos el derecho de herir, y no dejando a los santos mártires sino el de ser heridos, traban lucha con ellos, y ni aun así los vencen; antes, siendo tan desigual el combate,



se retiran derrotados. Es como si uno rompiese a su adversario la punta de la lanza, le arrancase la loriga, y así, desnudo y desarmado, le obligara a luchar consigo, y con todo, venciera y erigiera el trofeo el mismo que se veía maltratado, golpeado y traspasado con innumerables heridas. He aquí lo que pasaba con los mártires: sacábanlos a luchar desnudos, les ataban las manos a la espalda, los golpeaban y desgarraban por todas partes, y al fin quedaban derrotados los verdugos, mientras los mártires, heridos y todo, triunfaban del demonio. Y así como el diamante golpeado no se rinde ni reblandece, antes destruye al hierro que le hiere, así también las almas de los santos mártires, con el ímpetu de tan graves tormentos, no recibieron daño alguno, antes deshaciendo la fuerza de los atormentados, los dejaban, después de la lucha, vergonzosa y ridículamente derrotados, a pesar de sus muchas e intolerables heridas.

Porque atábanlos los verdugos a un tronco y perforaba sus costados abriendo en ellos, por decirlo así, profundos surcos, como quien ara la tierra, no como quien despedaza cuerpos vivos; y era de ver las entrañas descubiertas, los costados abiertos, desgarrado el pecho; y ni aun así cejaban en su furor aquellas fieras sedientas de sangre, sino que, arrancándolos del leño, lo extendían sobre brasas encendidas en una escalera de hierro; ¡qué escenas aquellas más horribles aún que las anteriores! Dos fuente manaban de aquellos cuerpos: una era la sangre que corría, y otra las carnes que se derretían. Mas los Santos, tendidos sobre las brasas, veían lo que se hacía con ellos con el mismo placer que si estuvieran sobre rosas.

### III

Y tú, cuando oigas mentar escaleras de hierro, acuérdate de la mística escala que vio el Patriarca Jacob extendida entre la tierra y el cielo; por aquella bajaban los ángeles; por esta suben los mártires, y en ambas estaba apoyado el Señor. Y no hubieran podido los mártires sufrir tales tormentos a no haberse apoyado en ella. Bajan y suben los ángeles por aquella; por esta, como todos sabéis, suben los mártires. ¿Y por qué así? Porque los ángeles son enviados sin cesar para servir a los que han de recibir la herencia de la salud (Heb. 1,14), mientras que los mártires, como atletas y triunfadores, libres ya del combate suben y se presentan a aquel Señor, que presidió la lucha para coronarlos.

Y no oigamos sin más ni más eso que solemos decir de los mártires, que debajo de sus cuerpos desgarrados ponían ardientes brasas; sino que pensemos lo que nos pasa, cuando se apodera de nosotros una fiebre. Parécenos entonces insufrible la vida, quedamos abatidos, nos ponemos desabridos y nos enfadamos como niños, juzgando el ardor de la calentura no menor que el fuego del infierno; mientras que los santos, sintiéndose no acometidos de una fiebre, sino rodeados por todas partes de llamas y viendo saltar sobre sus heridas las chispas de fuego, que les atormentaban más terriblemente que los mordiscos de una fiera, como si fueran de bronce o de diamante y cual si todo esto lo viera en otros y no lo padecieran en sí mismos, se mantuvieron firmes en la confesión de la fe sin hacer nada que desdijese de sus ánimos generosos y varoniles, permaneciendo inmóviles entre todos los tormentos y dando espléndido testimonio de su esfuerzo varonil y del poder de la gracia de Dios.

#### IV

¿No habéis visto muchas veces al sol en su alborada cómo difunde por doquiera rayos de color de púrpura? Pues tales eran los cuerpos de los santos mártires, cuando como rayos de púrpura les corrían alrededor arroyos de sangre, que hacían resplandecer su cuerpo mucho más que el sol hace resplandecer el cielo. Veían esta sangre los ángeles y se regocijaban, veíanla los demonios y se horrorizaban, y aun su mismo príncipe Lucifer se estremecía. Porque no era sangre común y ordinaria la que veían, sino sangre salvadora, sangre santa, sangre merecedora de cielo, sangre que riega continuamente el plantel de la Iglesia. Vio el demonio esta sangre y se estremeció. ¿Por qué? Porque se acordó de aquella otra sangre, la sangre del Señor; por aquella sangre corrió esta. Porque desde que fue abierto el costado del Señor, se ven también heridos innumerables costados. Porque, ¿quién no había de desnudarse como buen atleta y aprestarse alegre al combate, si con él se hacía particionero de los padecimientos del Señor, y se conformaban con la muerte de Cristo? Suficientísima es esta recompensa, mayor es la honra que los trabajos, supera el premio a los combates, aun antes de obtener el reino de los cielos.

#### V

Por consiguiente, nadie se horrorice al oír que alguien ha sido mártir; horrorícese más bien al oír que alguno se ha rendido cobarde-

mente, a pesar de proponérsele tan excelentes premios. ¿Queréis saber qué premios esperaban a los que combaten? Son inefables. Porque *ni ojo vio, ni oído oyó, ni cae en el corazón del hombre lo que Dios tiene preparado para los que le aman* (1 Cor. 2, 9); y nadie le ama tanto como el mártir. Mas no porque la grandeza de los bienes prometidos exceda a cuanto se puede decir ni pensar, he de callar ahora; antes me esforzaré por haceros ver, aunque oscuramente, la felicidad que allí han de tener; porque con claridad sólo la pueden saber los mismos que la experimentan y gozan. En efecto; estos dolores tan espantosos e intolerables, las pasan los mártires en un momento; una vez pasados, suben al cielo, precedidos de los ángeles y escoltados de los arcángeles, que no se avergüenzan de obsequiar a sus consiervos, antes están dispuestos a hacer cualquiera cosa por ellos, como ellos a su vez todo lo padecieron por su común Señor Jesucristo. Llegados que son al cielo, les sale a recibir el coro de las potestades. Porque, si cuando llegan a una ciudad atletas extranjeros, el pueblo en masa afluye de todas partes, y rodeándolos se fija curiosamente en la proporción y bizarría de sus miembros, ¿con cuánta más razón, al entrar en el cielo los atletas de la virtud, acudirán los ángeles y las potestades, y rodeándolos por todas partes se fijarán en sus heridas, los saludarán alegremente, y los abrazarán como a príncipes que vuelven de la guerra y del combate cargados de trofeos y victorias? Después, acompañados de numerosa comitiva los lleva a la presencia del Rey de los cielos, a aquel trono lleno de inmensa majestad, ante el cual asisten, a un lado, los querubines, y a otro lado, los serafines. Llegados allí, adoran al que está sentado en el trono, recibiendo del Señor mayores muestras de amor que de los consiervos. Porque no los recibe como a siervos (honor ya de suyo grandísimo y tal que apenas puede concebirse otro igual) sino que los recibe y trata como a amigos suyos: *Vosotros, dice, sois mis amigos*; y con mucha razón; pues el dijo otra vez que *nadie tiene mayor caridad que el que da la vida por los amigos* (Jn. 15, 13). Por consiguiente como mostraron el mayor amor, les da la diestra como a sumamente queridos, y gozan de aquella gloria inefable, y conversan con los coros angélicos, y toman parte en aquellos sus cánticos misteriosos. Porque si estando en los cuerpos, después de la participación de los sagrados misterios, eran admitidos en aquel coro celestial, cantando con los querubines el trisagio (Is. 6, 3), como lo sabéis vosotros los iniciados, mucho más ahora viéndose unidos con los compañeros de su canto, participan con toda confianza de aquellos cánticos de gloria.



## VI

¿No es verdad que hasta ahora os horrorizaba el martirio? ¿y que ahora lo deseáis ya con ansia? ¿y que os entristecéis, porque no se os presente ahora mismo ocasión de ser mártires? Pues ejercitémonos para cuando llegue la ocasión de padecerlo. Despreciaron los mártires la vida; desprecia tú los deleites: arrojaron ellos sus cuerpos al fuego; arroja tú las riquezas en las manos de los pobres: pisotearon ellos las brasas encendidas; pisotea tú y extingue la llama de la concupiscencia. ¿Que es cosa pesada? Pero provechosa. No mires tan sólo la molestia presente, sino el provecho y utilidad futura; no el mal que tocas y palpas, sino el bien que esperas; no los padecimientos, sino el premio; no los trabajos, sino la corona; no los sudores, sino la recompensa; no las angustias, sino el galardón; no al fuego que abrasa, sino a Cristo que te ha de coronar. Este sí que es buen medio, y facilísimo camino para la virtud, no ver solos los trabajos, sino ver también los premios, y ni aun los premios por separado, sino unidos con los trabajos. Por consiguiente, cuando vas a dar limosnas, no te pares en el gasto de las riquezas, sino mira también el aumento de la justicia. *Derramó, dio a los pobres; su justicia permanece por los siglos de los siglos* (Sal. 111, 9); no mires el dinero que se disminuye, sino al tesoro que aumenta. ¿Ayunas? no pienses en la debilidad corporal que causa el ayuno, sino en la confianza que engendra la oración. Así hacen los soldados; no se fijan en las heridas, sino en las recompensas; no en la matanza y degüello, sino en la victoria; no en los muertos que caen, sino en los príncipes que son coronados. Así hacen también los pilotos, primero ven el puerto que la tempestad, primero las ganancias del comercio que los naufragios, primero los bienes que se siguen de la navegación, que los males que la acompañan. Haz tú lo mismo; piensa contigo, cuán hermoso es que en las altas horas de la noche, cuando todos los hombres, y fieras y ganados descansan y duermen, en medio de aquel profundísimo silencio, sólo tú estés despierto, conversando familiar y confiadamente con Dios nuestro señor. ¿Qué es dulce el sueño? Incomparablemente más dulce es la oración confiada. Mucho podrás hacer si hablas a solas con Dios nuestro Señor sin que nadie ni nada te lo estorbe, teniendo así tiempo oportuno para alcanzar lo que quieres. ¿Dirás que estás muy bien tendido allí y arropado sobre blando lecho, y que tienes pereza para levantarte? Acuérdate de los mártires de hoy; acuérdate que estaban sobre



escalas de hierro, y en un lecho, no blando y mullido, sino formado de brasas encendidas.

## VII

Aquí quiero terminar mi discurso, para que llevéis vivo y fresco el recuerdo de esta escala, y de ella os acordéis de noche y de día; porque aunque nos detengan innumerables cadenas, fácilmente podremos quebrantarlas todas y levantarnos a orar, si pensamos continuamente en esta escala. Y no nos contentemos con pintar en nuestro corazón solamente la escala, pintemos también los demás suplicios de los mártires. Y como los que hermosean sus casas las adornan por todas partes con elegantes pinturas, así hemos de hacer nosotros pintando en las paredes de nuestra alma los suplicios de los mártires. Y reparad que si aquella pintura es inútil, estotra es de mucha utilidad; pues además de que se hace sin dinero, sin gastos y aun sin arte, basta y sobra tener buen ánimo y espíritu noble y despierto, y con esto, como con mano maestra, pintaremos en nuestra alma los suplicios de los mártires. Pintémoslos, pues, en nuestra alma tendidos unos sobre sartenes, puestos otros sobre brasas, estos metidos de cabeza en calderas, aquellos arrojados y precipitados al mar, cuáles desgarrados o atormentados en la rueda, cuáles lanzados a los precipicios, quiénes luchando con las fieras, quiénes arrojados a un abismo, y todos y cada uno con el tormento que le acabó la vida, para que hermoseando nuestra casa con tan variada pintura, preparemos digno hospedaje al Rey de los cielos. Porque si el Rey de los cielos ve nuestra alma adornada con semejante pintura, vendrá a ella con el Padre, y hará en ella mansión juntamente con el Espíritu Santo, y será nuestra alma en adelante casa real, y no podrá entrar en ella ningún pensamiento importuno, porque la memoria y recuerdo de los mártires nos cercará por doquiera como bellísima pintura, y nos alumbrará con sus resplandores, y habitará continuamente en nosotros el Dios y Rey de todas las cosas. Y después de haber hospedado de este modo a Cristo en el suelo, podremos, al terminar este destierro, ser hospedados y recibidos en las mansiones eternas. ¡Ojalá todos lo alcancemos por la gracia y benignidad de Nuestro Señor Jesucristo, por el cual y con el cual sea la gloria al Padre juntamente con el Santo y vivificador Espíritu por los siglos de los siglos. Amén.

## HOMILIA PARA LA VISPERA DE CENIZA

Esta es la quinta de las homilías instituidas *Sobre la penitencia*. Por unas palabras de la cuarta de estas homilías conjetura Ceillier que las tuvo el Santo el año 393 en Antioquía. Como era de constitución enfermiza, se había visto obligado a retirarse al campo fuera de la ciudad. Pero sabiendo por diversas cartas cuánto sentían los suyos verse sin él, volvió a Antioquía y predicó estas homilías “sobre la penitencia”, entre las cuales fue la primera la homilía “sobre la desesperación” (cuya traducción daremos en seguida), y la quinta, como hemos dicho, esta de que ahora nos ocupamos, cuyo título entero es: HOMILIA SOBRE EL AYUNO Y SOBRE EL PROFETA JONAS, Y DANIEL Y LOS TRES JOVENES, DICHA A LA ENTRADA DE LOS SANTOS AYUNOS.

Ideas principales:

- I. No hay que temer al ayuno, sino amarlo, atendiendo a los bienes que nos hace.
- II. El ayuno eleva al hombre; sirvan de ejemplo los anacoretas y Moisés y Elías; aun en el paraíso se prescribió cierta manera de ayuno, y por no haberlo cumplido fue castigado el hombre.
- III. En cambio, los Ninivitas (historia de Jonás) se salvaron en breve con la penitencia y ayuno: porque lo que el perezoso no obtiene en largo tiempo, lo alcanza en muy poco el diligente; ejemplo de San Pedro.
- IV. Reanúdase la historia de Jonás, haciendo ver su pecado, su castigo por medio de la tempestad, la benignidad que con él usaron los marineros, hasta que por fin se vieron obligados a echarle al mar; predicación del Profeta en Nínive, penitencia y ayuno de los ninivitas y misericordia de Dios para con ellos.
- V. Por el ayuno se vio Daniel ileso en medio de los leones. Por el ayuno no recibieron daño del fuego los tres jóvenes echados al horno de Babilonia; por el ayuno se fortifica el hombre interior; con el ayuno se conserva mejor aun la salud corporal.
- VI. No temamos, pues, el ayuno, ni hagamos lo que algunos suelen, que antes de empezar el ayuno se dan a la glotonería y embriaguez: ¡necia preparación!
- VII. Termina prometiéndoles la instrucción pastoral de San Flaviano, de quien hace un breve elogio.

### I

Brillante es la festividad de hoy, y más ilustre de lo acostumbrado la concurrencia. ¿Cuál será la razón? Esta es obra del ayuno, no hay

duda; del ayuno que aún no ha venido, pero es ya esperado. Porque él es el que nos ha traído a la casa de nuestro Padre celestial; él es el que aun a aquellos que antes de ahora eran más negligentes los ha devuelto hoy a las manos de su madre. Y si sólo esperando tanta diligencia nos ha infundido, cuando se deje ver presente, ¿qué efectos de virtud obrará en nosotros? No de otra suerte una ciudad, cuando va a entrar en ella un príncipe temible, desecha toda desidia y se pone más alerta. Pero no temáis oyendo que el ayuno es un príncipe temible; porque no es temible para nosotros, sino para los demonios. Si es uno lunático, ponle delante el rostro del ayuno, y permanecerá más inmóvil que las mismas piedras, aterrado por el miedo y comprimido como con cadenas, y mucho más si ve unida con él a su hermana y compañera la oración. Por eso dice Cristo: *Esta clase (de demonios) no sale sino por la oración y el ayuno* (Mt. 17, 21). Si, pues, en tanto grado ahuyenta a los enemigos de nuestra salvación, y en tanto grado es terrible a los adversarios de nuestra vida, amarlos y abrazarlos conviene, no temerlos; y si algo hay que temer, la embriaguez y la glotonería, es lo que hay que temer, no el ayuno. Porque aquella nos ata las manos a la espalda, y así encadenados y esclavizados, nos entrega como a una terrible señora a la tiranía de las pasiones; mas el ayuno, hallándonos esclavos y sujetos a cadenas, nos suelta las ataduras, nos libra de la tiranía y nos restituye a la primera libertad. Si, pues, hace la guerra a nuestros enemigos, y nos libra de la esclavitud, y nos restituye a la libertad, ¿qué mayor argumento quieres de su amistad con nuestra naturaleza? Porque no parece haber mayor muestra de amistad que el amar o aborrecer a los mismos a quienes nosotros amamos o aborrecemos.

## II

¿Quieres saber cuánto honra a los hombres el ayuno, cuánto los defiende y asegura? Contempla el feliz y admirable estado de los monjes. Ellos, después de huir del tráfico del mundo, y correr hasta las mismas cumbres de los montes, y establecer allí sus chozas en el reposo de la soledad como en un puerto tranquilo, escogieron el ayuno por asiduo compañero y amigo de la vida; así es que los transformó de hombres en ángeles; y no sólo a ellos, sino también a cuantos halla en medio de las ciudades que se abrazan con él, los eleva a la misma altura de virtud. Así es que Moisés y Elías, baluartes de los

profetas del Antiguo Testamento, por más que por otras virtudes eran grandes e ilustres, y tenían mucha confianza con Dios, cuando querían llegar a él y hablarle (en cuanto es posible a un hombre), acudían al ayuno, y este, como de la mano los presentaba ante Dios. Por esto también Dios, cuando al principio formó al hombre, en seguida le puso en las manos del ayuno como en las de una madre cariñosa y excelente maestro, encomendándole su salvación. Pues aquel precepto *De todo árbol del paraíso comeréis, mas no comáis del árbol de la ciencia del bien y del mal* (Gen. 2, 16-17), semejanza es del ayuno. Y si en el paraíso fue necesario el ayuno, mucho más fuera del paraíso; si antes de la herida era necesario el remedio, mucho más después de la herida; si cuando aún no se había levantado la guerra de las pasiones nos era conveniente esta arma, mucho más necesario será el refuerzo del ayuno después de tan grave guerra de las pasiones y del demonio. Si hubiera oído Adán esta voz, hubiera oído aquella otra: *Tierras eres y en tierra te convertirás* (Gen. 3, 19); pero porque no hizo caso de esta voz, por eso le sobrevinieron la muerte, y los cuidados, y los trabajos, y las angustias, y una vida llena de tedio y amargura.

### III

¿Has visto cómo Dios se aíra cuando ve afrentado el ayuno? Aprende ahora cómo se alegra cuando le ve honrado. Porque así como cuando fue afrentado el ayuno dio en castigo la muerte al autor de la afrenta, así también cuando fue honrado el ayuno revocó la muerte. Pues queriendo mostrarte cuán grande fuerza tiene el ayuno, le dio poder para que después de la sentencia, después de la desviación al camino de la muerte, nos pudiera arrancar de él y encaminarnos de nuevo a la vida; y esto lo cumplió no con dos, ni tres, ni veinte hombres, sino con un pueblo entero, con la grande y admirable ciudad de Nínive; pues estando ella con las rodillas en tierra, inclinada la cabeza sobre el borde del abismo, y a punto de recibir el golpe que le venía del cielo, la arrancó como con una fuerza superior de las mismas puertas de la muerte, y la restituyó al camino de la vida. Pero, si os parece, oigamos la misma historia:

*Y vino, dice la Escritura, la palabra de Dios a Jonás, diciendo: Levántate y camina a Nínive, la ciudad grande* (Jon. 1, 12). Quiere mover al profeta ya desde ahora con la grandeza de la ciudad, previendo su fuga futura. Pero oigamos también su predicación: *Tres*<sup>38</sup>



días faltan aún, y Nínive será destruida (Jon. 3, 4). Y ¿por qué causa anuncias de antemano los males que has de causar? –Para no hacer lo que anuncio. Por esto amenazó también con el infierno; para no llevarnos al infierno. Llenaos de terror, dice, con las predicaciones, para que no sufráis angustiados su cumplimiento. Y ¿por qué causa estrechó el plazo a tan reducido tiempo? –Para que aprendas la virtud de aquellos bárbaros (de los ninivitas digo) que pudieron en tres días deshacer tan grave ira contra sus pecados; para que te admires de la benignidad de Dios, que después de tantos pecados se contentó con el arrepentimiento de tres días; para que, en fin, no caigas tú en desesperación por innumerables que sean tus pecados. Porque así como el perezoso que no hace caso de su alma, por más tiempo que tenga para el arrepentimiento, nada de grande es capaz de hacer, ni, por su desidia, se reconciliará con Dios; así, por el contrario, el ánimo despierto y ferviente en sus resoluciones, que con grande empeño muestra su arrepentimiento, logrará en breve espacio de tiempo anular todos sus pecados. ¿No negó hasta por tercera vez San Pedro? ¿No fue la tercera negación con juramento? ¿No fue todo por el temor de una despreciable criada? ¿Y qué? ¿Tuvo necesidad de muchos años para la penitencia? De ninguna manera; sino que en una misma noche cayó derribado y se levantó, recibió la herida y la medicina, cayó enfermo y recobró la salud. ¿cómo y por qué medio? Llorando y doliéndose; mejor dicho, no llorando como quiera, sino con mucho afecto y sentimiento; y por eso no dijo el Evangelista sencillamente: *Lloró*, sino *Lloró amargamente* (Mt. 26, 75). Y ¿cuál era la fuerza de aquellas lágrimas? No hay palabras que lo expliquen, pero bien claro lo demuestra el suceso. Porque después de aquella terrible caída (puesto que no hay mal tan grave como la negación), después, digo, de tan grave mal, le restituyó de nuevo el antiguo honor, y puso en sus manos el principado de la Iglesia universal y, lo que excede a todos, nos lo puso delante como al Apóstol que más que todos los otros amaba a su Señor. *Pedro*, le dice, *¿me amas más que estos* (Jn. 21, 15)? Y para la virtud no puede haber medida más exacta que el amor. Pues para que no dijeras que con razón perdonó a los ninivitas como a bárbaros insensatos, pues *el siervo*, dice la Escritura, *que no sabe la voluntad de su Señor y no la cumple, será poco azotado* (Lc. 12, 48); para que tal no dijeras, te puso delante el ejemplo de San Pedro, siervo que conocía como el que más la voluntad de su Señor. Y con todo, mira cómo también este después del pecado, y gravísimo pecado, subió a

tan grande altura de confianza con Cristo. No desconfíes, pues, tampoco tú, cuando hubieras caído en los pecados; porque lo más terrible del pecado es el permanecer en el pecado; y lo peor de la caída es permanecer en la caída. Esto es por lo que también S. Pablo lamenta y gime, esto es lo que dice que es digno de llanto. *No sea, dice, que cuando vaya a vosotros me humille Dios, y llore a muchos, no simplemente "que pecaron", sino que no hicieron penitencia de su liviandad, impureza y fornicación que cometieron* (2 Cor. 12, 21). Y para la penitencia, ¿qué tiempo puede haber más a propósito que el ayuno?

#### IV

Pero volvamos a la historia: *Después que oyó estas palabras el profeta, bajó a Jope, para huir a Tarsis del rostro del Señor* (Jonás, I, 3). ¿Adónde huyes? ¿no has oído a otro profeta que dice: *¿Adónde iré de tu espíritu, y adónde huiré de tu rostro* (Sal. 128, 7)? *¿A la tierra? Pero es del Señor la tierra y su plenitud* (Sal. 23, 1). *¿Al infierno? Aunque baje al infierno, dice, allí estás presente. ¿Al cielo? Aunque suba al cielo, allí, dice, me asirá tu diestra* (Ib. 5, 10). Esto sucedió también con Jonás, pero tal es la condición del pecado, causar en el alma mucha insensatez. Porque así como los que son víctimas del dolor de cabeza o de la embriaguez andan sin sentido y al acaso, aunque tengan debajo un abismo, un precipicio, un peligro cualquiera, y vienen a caer en él desprevenidos; así también, los que resbalan en el pecado, víctimas del deseo de la mala obra y como embriagados por él, no saben lo que hacen; nada ven de lo presente, nada de lo venidero. Dime: ¿huyes del Señor? Pues aguarda un poco, y aprenderás por experiencia que no podrás huir ni siquiera de las manos de su esclava la mar. En efecto; lo mismo fue subir él a la nave, que encrespar la mar sus olas y elevarlas á grande altura; y así como una sierva fiel, al dar un un consiervo fugitivo que ha robado algo de los bienes de su señor, no cesa de poner mil dificultades á los que le han recibido, hasta que por fin logara reducirle; así también el mar, viendo y conociendo a su consiervo, pone a los marineros innumerables dificultades, turbándose, bramando, no llevándole a los tribunales, pero si amenazando que hundirá la nave juntamente con los mismos marinos, si no le entregan a su consiervo. ¿Y qué hacen los marinos en tal situación? *Arrojaron, dice la Escritura, todas las mercancías al mar, pero la nave no se aligeraba* (Jonás, I, 5); es que todavía permanecía dentro todo el peso, el cuerpo del profeta, carga pesada, no por la

naturaleza, sino por por el peso del pecado; porque no hay cosa tan grave y tan difícil de soportar, como el pecado y la desobediencia. Por eso Zacarías (Zac. 5, 7) lo comparó con el plomo y David, describiendo su naturaleza, decía: *Mis injusticias sobrepujaron mi cabeza y, como grave peso, se agravaron sobre mi* (Sal. 27, 5). Y Cristo clamaba a los que viven en muchos pecados: *Venid a mi todos los que estáis trabajados y cargados, y yo os aliviaré* (Mt. 11, 28). El pecado fue, pues, el que también entonces agravó la nave y amenazaba sumergirla; *mas Jonás dormía en profundo sueño*. Profundo sueño, mas no de contento, sino de tristeza, no de pereza, sino de tedio. Porque los siervos buenos pronto conocen su yerros, como a él le sucedió. Y así, después de cometer el pecado, conoció lo grave del pecado, pues condición suya es, que después de dado a luz completamente, entonces causa dolores de parto al alma que lo dio a luz, al revés de la ley que se guarda en nuestra generación. Porque nosotros, apenas somos dados a luz, cesamos de causar dolor; el pecado, apenas ha sido dado a luz, atormenta con dolores las almas de quienes lo produjeron.

¿Y que hizo el piloto? *Se fue a él, y le dice así: Levántate e invoca al Señor tu Dios* (Jon. 1, 6). Conoció ya por experiencia que no era acostumbrada aquella tempestad, sino que aquel golpe venía de Dios y aquel oleaje no podía ser contrarrestado por el arte de los hombres: nada valían allí las manos del piloto; porque en aquel suceso hacia falta otro piloto superior que gobierna todo el mundo, y había necesidad de socorro del cielo. Por eso, aquellos marinos, dejando los remos, y las velas, y las maromas y todo lo demás, libres las manos del ejercicio de remar, las extendieron al cielo y permanecieron invocando a Dios. Mas cuando ni aun de este modo consiguieron nada, *echaron suertes*, dice la Escritura (Ib. 7), y la suerte puso al reo a disposición de los marineros. Mas ellos, aun así, no le cogieron y lanzaron al mar, sino que en medio de tanta turbación y agitación, establecieron un tribunal en la nave, como si gozaran de gran tranquilidad, y le concedieron hablar y defenderse, y empezaron a examinarle con gran cuidado, como si hubieran de dar a algunos cuenta de lo que votasen. Oye cómo todo lo examinan como en un tribunal. *¿En que te ocupas tu? y ¿de dónde vienes? y ¿adónde vas? y ¿de qué región, y de qué pueble eres?* Y eso que ya le acusó el mar con sus bramidos, y le arguyó y dio testimonio contra él la suerte; pero con todo, a pesar de los bramidos del mar y del testimonio, de la suerte contra él, todavía



no le sentencian, sino que así como en un tribunal, aunque estén presentes los acusadores, y salgan los testigos y se traigan argumentos, no dan la sentencia los jueces hasta que el mismo reo quede convicto de su culpa, así también estos marineros, con ser hombres bárbaros y rudos, imitaron el buen orden de los tribunales, a pesar de ser tan grande el temor, tan grande el oleaje, tan grande la turbación que se apoderó de ellos, pues el mar ni siquiera respirar les permitía; tanto se revolvió y agitaba furioso, dando bramidos y excitando continuas oleadas. ¿De dónde procedió, pues, amados (hijos), que se tuviera tanta cuenta del profeta? De la providencia de Dios. Porque Dios disponía que esto sucediera, enseñando así al profeta a ser benigno y blando, como si le diera voces y dijera: “Imita a los marineros: a pesar de ser bárbaros y rudos, ellos ni a un alma tienen en poco, y no dejan de perdonar a un solo cuerpo, que es el tuyo; mas tú, cuanto está de tu parte, has dejado perderse una ciudad entera, que contiene tantos y tantos miles de la almas. Los marinos después de hallada la causa de lo que les sucedía, todavía no se han lanzado a dar sentencia de condenación contra ti; mas tú, no teniendo de qué acusar a los ninivitas, los has sumergido en la perdición. Tú, además, con mandarte yo que fueses a ellos y los redujeses al camino de la salvación por medio de la penitencia, no me has obedecido; estos, con no haber oído a nadie, todo lo hacen y revuelven por librarte a ti, culpable, del castigo merecido”.

Y era así, que después de haberle acusado el mar, después de haberle denunciado la suerte, después de haberse descubierto él mismo y confesado su fuga, no se resolvieron todavía a la perdición del profeta, antes resistían, se hacían violencia, nada dejaban de hacer para no entregarle, a pesar de tan claras señales, a merced de la furia del mar. Pero el mar no por eso cejaba, o mejor dicho, no lo permitía Dios, que quería hacer avisado al profeta, no menos por medio de la ballena, que por medio de los marineros: pues cuando oyeron aquellas palabras: *Cogedme y arrojadme al mar, y cesará la furia del mar contra vosotros* (Jon. 1, 21), hacían esfuerzos por volver a tierra, pero las olas no se lo permitían.

Mas tú, así como has visto al profeta huyendo, óyele ahora confesando a Dios en lo profundo del mar desde el vientre de la ballena; que si incurrió en lo primero como hombre, hizo lo segundo como profeta. Habiéndole, pues, recibido el mar, encerróle como en una cárcel en el vientre de la ballena, guardando incólume para el Señor al

siervo fugitivo, y ni le ahogaron al apoderarse de él las olas furiosas, ni la ballena, más furiosa que las olas, le corrompió después de recibirle en su vientre, sino que le conservó incólume y le volvió a la ciudad, de modo que tanto la mar como la ballena obedecieron contra su naturaleza, para que con todo esto quedara el profeta aleccionado. Llegado a la ciudad, leyó, como un edicto real, la sentencia que contenía el castigo, y clamaba diciendo: *aún restan tres* <sup>39</sup> *días y Nínive será destruida* (Jon. 3, 4). Lo oyeron los ninivitas, no fueron incrédulos, no despreciaron el aviso; antes al punto todos se acogieron al ayuno, hombres, mujeres, esclavos, señores, amos, súbditos, niños, ancianos; ni la naturaleza de los irracionales se vio libre de este sagrado tributo; doquiera saco y ceniza, doquiera gemidos, doquiera llanto y dolor. Pues aun el mismo que ceñía diadema, bajando del trono real, vistióse de saco, cubrióse de ceniza y, de este modo, libró a la ciudad del peligro: y era de ver un espectáculo bien extraño; que el saco vencía en gloria y honor a la púrpura. Porque lo que no pudo la púrpura, lo obtuvo el saco; lo que acabó la diadema, lo llevó a término la ceniza. ¿Ves cómo no en vano decía que conviene temer, no el ayuno, sino la embriaguez y glotonería? Puesto que la embriaguez y glotonería conmovió y amenazó arruinar la ciudad que estaba bien afianzada, mas el ayuno la afianzó cuando estaba conmovida y amenazando ruina.

## V

Por el ayuno también Daniel, después de haber entrado al lago de los leones, salió de él lo mismo que si hubiera estado en compañía de mansas ovejas. Porque los leones, a pesar de arder en ira y mirarle con sangrientos ojos, no se llegaban a la presa que tenían delante, sino que, aun excitados por la misma naturaleza (pues ninguna es más feroz que la de estas fieras) y por el hambre (pues no probaron alimento en siete días), respetaron al profeta, no de otra suerte que si tuvieran dentro a un domador que a gritos les prohibiera tocar sus entrañas. Por el ayuno también los tres jóvenes que entraron en el horno de Babilonia, y por mucho tiempo se familiarizaron con el fuego, salieron del horno con los cuerpos más resplandecientes que las mismas llamas. Ahora bien; si aquel fuego era verdadero fuego, ¿cómo no hacía el oficio de fuego? Si aquellos cuerpos eran cuerpos, ¿cómo en ellos no sucedía lo que en los cuerpos sucede? ¿Cómo? Pregúntaselo al ayuno, y él te responderá, y te soltará este enigma:

porque era, verdaderamente, un enigma; pues luchando la naturaleza de los cuerpos con la naturaleza del fuego, los cuerpos eran los que triunfaban. ¿No ves aquí una lucha bien admirable? ¿No ves una victoria más admirable aún? Admírate del ayuno, recíbele con los brazos abiertos; porque si en el horno defiende, y custodia en el lago de los leones, y arroja a los demonios, y destruye la maldición de Dios, y reprime el furor de las pasiones, y nos restituye a la libertad, y causa mucha tranquilidad en nuestros pensamientos, ¿cómo no ha de ser rematada locura huir con espanto de quien trae en sus manos tantos bienes? —Porque nos causa, decís, debilidad en el cuerpo? —Pero *cuanto más se consume nuestro hombre exterior, tanto más se renueva el interior de día en día* (2 Cor. 4, 16). Mas lejos de esto, si lo examinas con diligencia, verás que el ayuno es madre del bienestar corporal. Y si desconfías de mis palabras, pregúntaselo a los médicos, y ellos te responderán más claro, pues llaman a la abstinencia madre de la salud, y dicen que los males de gota y dolores de cabeza, y apoplejías, y humores corrompidos, hidropesías, e inflamaciones, cual corrompidas corrientes, que al mismo tiempo estragan la salud del cuerpo y la virtud del alma, brotan, com de fuente corrompidísima, de las delicias y glotonería.

## VI

No temamos, por consiguiente, el ayuno, que de tantos males nos libra. No os lo digo sin más ni más, sino que, como veo a muchos hombres que muestran repugnancia y dificultad, como si se hubieran de poner en manos de una mujer intratable, y se entregan perdidamente este día a la embriaguez y gula, por eso os exhorto a que no destruyáis de antemano el fruto que ha de producir el ayuno. Porque los que han cobrado hastío de los manjares, cuando tienen que beber una medicina amarga, si se han llenado de manjares y recibe así la medicina, sienten, sí, la amargura, pero no alcanzan el fruto, porque hacen que sea más difícil la lucha de la medicina contra la malicia de los humores corrompidos. Por esto los médicos mandan a los tales que se acuesten sin comer, para poder aplicar desde un principio a los humores nocivos toda la fuerza de los medicamentos. Lo mismo sucede en el ayuno; si te embriagas hoy cuanto puedas y has de recibir mañana la medicina del ayuno, inútil y neciamente obras, y sufrido el trabajo, no te aprovechas del fruto de la medicina, que emplea toda su fuerza en luchar con el daño producido por la reciente embriaguez;



mas si tienes el cuerpo ligero y recibes con ánimo vigilante la medicina, podrás purificarte de muchos de tus antiguos pecados. No vayamos, pues, por medio de la embriaguez al ayuno, ni tampoco del ayuno volvamos a la embriaguez; pues sería lo mismo que si a un cuerpo convaleciente, y que se va ya a levantar, le diera uno de puntapiés y le hiciera caer más gravemente. Esto sucede también con nuestra alma, cuando por entrambos lados, antes y después del ayuno, ofuscamos con las nieblas de la embriaguez la claridad y despejo del ayuno. Porque así como los que van a luchar con las fieras rodean los miembros más expuestos de armas y defensa, y entonces se lanzan a la lucha, así también ahora hay muchos que, como si el ayuno fuese una fiera con quien van a luchar, se arman con la glotonería y, ahitos de manjares y llena el alma de oscuridad, reciben con muchísimo desprecio el ayuno de suave y apacible rostro. Y si te pregunto, “¿por qué vas al baño?” me responderás: “Para recibir el ayuno con cuerpo limpio”. Y si te pregunto, “¿por qué te embriagas?” responderás de nuevo: “Porque voy a entrar en el ayuno”. Y ¿no es la mayor consecuencia recibir esta hermosísima fiesta con el cuerpo limpio pero con el alma sucia y embriagada?

## VII

Más pudiera todavía deciros, pero para los sensatos esto basta en orden a corregirse; por eso es necesario terminar el discurso, pues deseo oír la voz de vuestro padre <sup>40</sup>. Porque nosotros, como los pastores, tocamos con delgada flauta puestos juntos al altar, como sentados a la sombra de una encina o haya; mas él, así como un excelente músico, pulsando una cítara de oro, con la armonía de los sonidos arrebató a todo el teatro; así, no con la armonía de los sonidos, sino con la de sus palabras y obras, nos proporciona grandísima utilidad. Tales son los maestros que busca Cristo. *Porque el que hiciere, dice, y enseñare, éste se llamará grande en el reino de los cielos* (Mt. 5, 19). Tal es este nuestro padre; por sus oraciones y las de todos los prelados, nos hagamos dignos del reino de los cielos, por la gracia y benignidad de nuestro Señor Jesucristo, con el cual sea la gloria al Padre, juntamente con el Espíritu Santo, ahora y siempre y por los siglos de los siglos. Amén.

## HOMILIA PRIMERA SOBRE LA ORACION

I. Son dignos de alabanza los Santos, no sólo porque supieron orar, sino porque nos enseñaron a nosotros transmitiéndonos por escrito sus himnos, etc. No hay cosa que debamos estimar en más que la oración: ella es la luz de nuestras almas, por ella hablamos con Dios, por ella nos unimos con los ángeles, que nos enseñan a orar con temor y con gozo.

II. Por la oración nos sobreponemos a las cosas de la tierra y evitamos la muerte de las almas, que es la vida desarreglada, y alcanzamos las virtudes. El hombre sin oración es hombre muerto.

III. Por esto la afición a la oración es indicio de lo que tiene dentro cada uno.

IV. Sin oración no hay virtud: la oración es contraveneno contra todas las enfermedades del alma: los ninivitas. —La oración aleja los peligros: David. Ezequías—. La oración purifica las almas pecadoras: el publicano. Ejemplo del leproso y argumento *a minore ad majus*.: Si Dios, por medio de la oración, curó la lepra del cuerpo, con más razón la del alma.

V. Pero es que “no todo el que dice Señor, Señor, entrará en el reino de los cielos”. Respuesta: no digo yo que sola la oración sin obras nos ha de salvar, sino que la oración es como la base de todas las buenas obras.

VI. Por esto San Pablo nos exhorta continuamente a la oración. Oremos, pues, en todas las cosas. Ejemplos prácticos. Sin la oración seremos presa de los demonios. Temamos tan terrible desgracia y defendámonos con la oración.

\* \* \*

Acerca de las homilías sobre la oración dice Ceillier, t. IX, p. 175: *Las dos homilías sobre la oración tienen mucha conformidad con el método de San Juan Crisóstomo; pero es difícil creer que cayera en las dos faltas considerables que en ellas se encuentran: porque llama en estas dos homilías a Senaquerib, rey de los persas, y dice que estos sitiaron a Jerusalén, en el reinado de Ezequías; lo cual es contrario a la historia de “Los Reyes”*.

Migne en el núm. 50 de la Patrología griega, San Juan Crisóstomo, t. II, parte 2.<sup>a</sup>, pág. 773, dice: *Hasce duas homilias, sive sensum, sive orandi rationem spectes, Chrysostomo non indignas censemus*.

A primera vista resalta en estas dos notas el aprecio que hacen los críticos del extraordinario mérito de San Juan Crisóstomo, pues tan difícil juzgan que incurriera en las faltas que anotan.

Pero atendida la hermosa doctrina y elegancia de esta homilía, nos acogemos a las palabras de Migne: *Hasce duas homilias, sive sensum, sive orandi rationem spectes, Chrysostomo non indignas censemus.*— Creemos que estas dos homilias, ya se atiende al sentido, ya al modo de hablar, no son indignas del Crisóstomo; y ofrecemos al lector la traducción de la primera de ellas, confiados en que le ha de agradar, y no poco.

También nos mueve a publicarla el ver no pocas veces en nuestros mejores ascetas numerosas citas de esta homilía.

## I

Por dos razones conviene que admiremos a los siervos de Dios y los reputemos felices: porque pusieron la esperanza de su salvación en las santas oraciones, y porque conservando por escrito los himnos y adoraciones que con temor y gozo tributaron a Dios, nos transmitieron también a nosotros su tesoro, para poder arrastrar a su imitación a la posteridad. Porque es natural que pasen a los discípulos las costumbres de los maestros, y que los discípulos de los profetas brillen como imitadores de su justicia, de suerte que en todo tiempo meditemos, roguemos, adoremos a Dios, y ésta tengamos por nuestra vida, ésta por nuestra salud y alegría; éste por el colmo y término de todos nuestros bienes, el rogar a Dios con el alma pura e incontaminada. Porque como a los cuerpos da luz el sol, así al alma la oración. Si, pues, para un ciego es grave daño el no ver el sol, ¿qué tal daño será para un cristiano el no orar constantemente, e introducir en el alma por la oración la lumbre de Cristo? ¿Y quién hay que no se espante y admire del amor que Dios manifiesta a los hombres cuando liberalmente les concede tan grande honor, que no se desdeña de escuchar sus preces y trabar con ellos conversación amigable? Pues no con otro, sino con el mismo Dios hablamos en el tiempo de la oración, por medio de la cual nos unimos con los ángeles y nos separamos inmensamente de lo que hay en nosotros común con los brutos irracionales. Que de ángeles es propia la oración, y aun sobrepuja a su dignidad, puesto que mejor que la dignidad angélica es el hablar con Dios; y que, como digo, sea mejor, ellos mismos nos lo enseñan, al ofrecerles las súplicas con grande temor, haciéndonos ver y aprender de este modo que es razón que cuantos se acercan a Dios lo hagan con gozo sí, pero también con temor; con temor, temblando no seamos indignos de la oración, y llenos al mismo tiempo de gozo por la grandeza del honor recibido: pues de tan extraña y singular providencia se reputa digno el género humano, que podemos gozar continuamente de la



conversación con Dios, por medio de la cual hasta dejamos de ser mortales y caducos, mientras por una parte permanecemos mortales por naturaleza, y por otra con la conversación con Dios nos trasladamos a una vida inmortal.

## II

En efecto; es necesario que el que conversa con Dios llegue a ser superior a la muerte y a toda corrupción; y como es absolutamente preciso que quien goza de los rayos del sol esté alejado de las tinieblas, así es absolutamente necesario que quien disfruta del trato divino no sea ya mortal, porque la misma grandeza del honor le traspasa a la inmortalidad; pues si es imposible que los que hablan con el rey y son de él estimados sean pobres, muchísimo más lo es que los que ruegan a Dios y le hablan tenga almas expuestas a la muerte; pues la muerte de las almas es la impiedad y la vida sin ley; como al contrario, su vida es el servicio de Dios, y el modo de obrar conforma a él; y la vida santa y conforme al servicio de Dios, claro es que la oración la produce y maravillosamente la guarda como un tesoro en nuestras almas; porque sea que uno ame la virginidad; sea que se esfuerce por guardar la moderación propia del matrimonio, o por superar la ira, o por familiarizarse con la mansedumbre, o por vencer la envidia, o por cumplir cualquiera otro deber, teniendo por guía a la oración que le vaya allanando la senda del modo de vivir que haya escogido, hallará expedita y fácil la carrera de la piedad. No es posible, no, que los que piden a Dios el donde la templanza, de la justicia, de la mansedumbre, de la benignidad, no consigan su súplica; porque *pedid*, dice, y *se os dará*, *buscad* y *hallaréis*, *llamad* y *se os abrirá*; porque *todo el que pide recibe*, y *el que busca alla*, y *al que llama a la puerta se le abrirá* (Mt., 7, 7); y en otra parte de nuevo: *¿Quién de vosotros hay, dice, que si su hijo le pide pan le dé una piedra? ¿o si le pide un pez le de una serpiente? Pues si vosotros siendo malos, sabéis dar a vuestros hijos dones buenos, ¿cuánto más vuestro Padres celestial dará el Espíritu Santo a los que se lo piden?* (Lc., 11, 11-13).

Con tales palabras y esperanzas nos exhortó a la oración el Señor de todo lo criado; y a nosotros nos conviene vivir siempre obedientes a Dios, ofreciéndole himnos de alabanza y oraciones con mayor cuidado del culto divino que de nuestra propia alma; porque así podremos vivir siempre una vida digna de hombres; que el que no ruega a

Dios, ni ansía constantemente gozar de la divina conversación, está muerto y sin alma, y no tiene del todo sano el seso; porque esta misma es ya la mayor señal de insensatez, el no conocer la grandeza de este honor, ni amar la oración, ni tener por muerte del alma el no postrarse delante de Dios. Pues claro está, que así como este nuestro cuerpo, cuando le falta el alma, queda muerto y fétido, así cuando el alma no se mueve a si misma a la oración, muerta está ya, y miserable, y fétida. Y que se deba tener por más acerbo que cualquiera muerte el verse privado de la oración, hermosamente nos lo enseña el gran Profeta Daniel, al elegir antes la muerte, que estar por tres solos días privado de la oración; pues no le mandó el rey de los persas cometer ninguna impiedad, sino quiso ver tan sólo [si en el espacio de tres (*treinta*) días se hallaba alguno que pidiese nada a ninguno de los dioses, si no era al mismo rey] (Dan., 4). Porque si Dios no se inclina hacia nosotros, ningún bien descenderá a nuestras almas; pero el inclinarse Dios a nosotros maravillosamente alivia nuestros trabajos, si nos ve amar la oración y rogar constantemente a su Majestad, y tener puesta nuestra esperanza en que de allí han de descender a nosotros todos los bienes.

### III

Por esto, cuando veo a alguno que no ama la oración, y que no siente hacia ella un afecto encendido y vehemente, ya para mí es cosa manifiesta, que el tal no abriga en su alma nada de grande y generoso; pero cuando veo a uno que no se harta de dar culto a Dios, y juzga el no orar continuamente por el mayor de los daños, conjeturo que el tal es un fiel y firme practicante de todas las virtudes, y templo de Dios. Porque si el vestido del hombre, y el caminar de sus pies, y la risa de sus dientes dicen ya quién es, según el sabio Salomón (Ecle. 19, 29), mucho más la oración y culto de Dios es señal de toda justicia, siendo, como es, una vestidura espiritual y divina, que presta a nuestras mentes mucha hermosura y belleza, modera la vida de cada uno, no permite que nada malo ni impertinente se apodere del alma y nos persuade que reverenciemos a Dios y estimemos el honor que nos concede, nos enseña a arrojar lejos de nosotros todas las seducciones del malvado (enemigo), desecha todos los pensamientos torpes y necios, y hace a nuestras almas despreciadoras del deleite. Porque éste es el único orgullo que conviene a los adoradores de Cristo, el no ser

esclavos de nada torpe, sino conservar el ánimo en libertad y vida inmaculada. Y que sin oración sea imposible pasar y terminar virtuosamente la vida, creo verdad a todos manifiesta.

#### IV

Porque ¿cómo habrá de ejercitar la virtud, no acudiendo y rindiendo adoración constantemente al suministrador y dador de ella? Y ¿cómo habrá de desear uno ser templado y justo, no conversando dulcemente con el que de nosotros pide esto y mucho más? Y ahora quiero brevemente demostraros que, aunque al orar estemos llenos de pecados, la oración nos limpiará de ellos en breve. Porque, ¿qué cosa puede haber o mayor o más divina que la oración, que no parece sino un como contraveneno para los que tienen el alma enferma? Los ninivitas son los primeros que se nos presentan absueltos, por medio de la oración, de muchos pecados contra Dios; porque una misma cosa fue apoderarse de ellos la oración, y hacerles justos, y corregir al punto la ciudad hecha ya a la liviandad, y a la maldad, y a la vida sin freno, venciendo la antigua costumbre, llenando a la ciudad de leyes celestiales, y llevando consigo la templanza, y la caridad y la mansedumbre, y el cuidado de los pobres; porque no sufre habitar en las almas sin estas virtudes; antes cualquier alma en que reside la llena de toda justicia, adiestrándola para la virtud, y expulsando de ella la maldad. Y cierto, que si entonces hubiera entrado en la ciudad de Nínive alguno que la conociera bien de antes, no la reconocería: tan repentino fue el salto que dio del vicio a la virtud.

Así como a una mujer pobre y vilmente vestida no la reconocería uno si la viera después adornada con vestidura de oro, así, quien viera primero aquella ciudad mendigando y vacía de tesoros espirituales, la desconocería por completo, después que de tal suerte la logró transformar la oración, dirigiendo a la virtud sus costumbre y vida viciosa.

Hubo asimismo una mujer que, habiendo empleado todo el tiempo en la intemperancia y lascivia, apenas se postró a los pies de Cristo cuando alcanzó la salvación. (Lc., 7, 37).

Fuera de esto, no solamente limpia la oración el alma de pecados, sino que además aleja de muchos peligros. Así es que aquel rey y al mismo tiempo profeta admirable David ahuyentó con la oración muchas y temibles guerras, poniendo este sólo resguardo para el ejército, y logrando de este modo para sus soldados juntamente la paz y la victoria.



Así como otros reyes suelen poner la esperanza de su salvación en la pericia de los militantes, en el arte de la guerra, en los saeteros, en los soldados de a pie y de a caballo; así el admirable David rodeó a su ejército por toda defensa con la muralla de la oración, ni reparaba en el valor de los generales, tribunos y centuriones; antes sin recoger dinero, sin preparar armas, lograba con la oración las armas del cielo. Porque verdaderamente es armadura celestial la oración que se derrama delante de Dios, y es la única que defiende por completo a los que se ponen en sus divinas manos. Puesto que la robustez y la destreza en sorprender al enemigo muchas veces quedan fallidas y frustradas, o por los lances de la guerra, o por la seguridad de los adversarios, o por otras muchas causas; pero la oración es armadura inexpugnable y segurísima, y nunca hace traición, y tan fácilmente rechaza a un enemigo como a innumerables millares. Y, en efecto, el admirable David, de quien acabamos de hablar, cuando se lanzó sobre él, como un formidable demonio, aquel gigante Goliat (1 Re, 7), le derribó, no con armas y espadas, sino con oraciones; tan poderosa arma es la oración para los reyes en las batallas, contra los enemigos. Pues bien; el mismo poder tiene esta arma para nosotros contra los demonios.

Así mismo el rey Ezequías triunfó en la guerra de los Persas, no ciertamente armando al ejército, sino oponiendo solamente la oración a la muchedumbre de sus enemigos. Así también evitó la muerte postrándose ante Dios con la debida reverencia; y sólo la oración concedió al rey la gracia de la vida.

Y que al alma pecadora fácilmente purifica la oración, nos lo demuestra el publicano que pidió a Dios la remisión de sus culpas y la consiguió; nos lo demuestra el leproso, que apenas se postró ante Dios, cuando quedó limpio; que si Dios curó al punto al que tenía corrupción en su cuerpo. ¿cuánto más benignamente dará la salud a una alma enferma? porque cuanto el alma es más de estimar que el cuerpo, tanto es más conforme que Dios muestre mayor cuidado de ella. Mil otras cosas se pudieran decir, tanto de las historias antiguas como modernas, si se pretendiera enumerar a todos los que por la oración han sido salvos.

## V

Pero quizás alguno de los más perezosos y de los que no quieren orar con cuidado y empeño, se persuadirá que Dios dijo también

aquellas palabras: *No todo el que dice Señor, Señor entrará en el reino de los cielos, sino el que hiciera la voluntad de mi Padre que está en los cielos* (Mt., 7, 21). Ciertamente, si yo juzgara que la oración por sí sola basta para nuestra salvación, con razón podría alguno hacer uso contra mí de esas palabras; pero diciendo, como digo, que la oración es como la cabeza de todos los bienes, y fundamento y raíz de una vida provechosa, nadie por pretexto de su pereza se defiende con semejantes palabras; porque no sólo la temperancia puede salvarnos sin los otros bienes, ni el cuidado de los pobres, ni la bondad, ni cosa alguna de las que se pueden desear, sino que conviene que todas juntas entren en nuestras almas; pero la oración está debajo de todas como raíz y base; y así como a una nave y a una casa las partes que están debajo las consolidan y sostienen, de la misma manera las oraciones fortalecen nuestra vida, y sin ellas nada habría en nosotros de bueno y saludable.

## VI

Por esto San Pablo nos urge constantemente, exhortándonos y diciéndonos: *Perseverad en la oración, velando en ella en acción de gracias* (Col., 7); y en otro lugar: *Orad sin intermisión dando gracias en todo, porque esta es la voluntad de Dios* (1 Tes., 5, 17, 18). Y en otra parte de nuevo: *Orad en toda ocasión en espíritu, velando en él con toda perseverancia y súplicas* (Ef. 6, 18). Con tantas y tan divinas voces nos exhortaba a la oración continuamente aquel caudillo de los apóstoles.

Conviene, pues, que amaestrados por él pasemos la vida en oración, y demos continuamente este riego a nuestras almas, pues no menos necesitamos de la oración los hombres que de agua los árboles; porque ni estos pueden producir sus frutos si no beben por las raíces, ni nosotros podremos dar los preciosísimos frutos de la piedad, si no recibimos el riego de la oración. Conviene, pues, que al levantarnos del lecho nos adelantemos siempre al sol en dar culto a Dios, y que al sentarnos a la mesa y al irnos a acostar, y mejor todavía cada hora, ofrezcamos a Dios una oración, y corramos de esta manera la misma carrera que el día; y que en tiempo de invierno empleemos la mayor parte de la noche en oraciones, y doblando las rodillas, con gran temor instemos en la oración, y nos juzguemos felices en dar culto a Dios.

Díme: ¿cómo verás al sol, sin adorar al que envía a tus ojos su dulcísima lumbre? ¿Cómo disfrutarás de la mesa, sin adorar al que te da y regala tantos bienes? ¿Con qué esperanza llegarás al tiempo de la noche? ¿Con qué sueños piensas ocuparte, no amurallándote con la oración, y yendo a dormir desprevenido? Despreciable y fácil presa parecerás a los demonios que andan siempre alrededor acechando una ocasión en nuestro daño, y mirando a quien podrán hallar privado de la oración, para en seguida arrebatarse.

Pero si nos viere defendidos con oraciones, huyen al punto, como los ladrones y malvados cuando ven pender sobre sus cabezas la espada del soldado; pero quien se encuentra desnudo de la oración, arrebatado por los demonios, es arrastrado y empujado a los pecados y calamidades y todo mal. Conviene, pues, que nosotros, temerosos de tan grave daño, siempre nos defendamos con himnos y oraciones, para que compadecido Dios de todos, nos haga dignos del reino de los cielos por su Hijo Unigénito, a quien sea la gloria y el poder por los siglos de los siglos. Amén.



## HOMILIA SOBRE LA DESESPERACION

La noticia histórica está ya dada en la página 239, con motivo de la homilía para la víspera de Ceniza.

Las ideas principales son:

I. Aunque ausente de vosotros esta temporada, no me olvidaba de vosotros, antes siempre os tenía presentes; por daros gusto he vuelto del campo antes de habernos restablecido por completo.

II. No tiene nada de extraño que yo os tuviera tan presentes, cuando San Pablo, aun estando encarcelado, se acordaba tato de los suyos, y con la vehemencia del amor les decía: "Hijos míos, a quienes de nuevo ansío dar a luz hasta que se forme Cristo en vosotros". Explicación de este texto, haciendo ver al fin, cómo estas palabras se las decía para animarlos y atemorizarlos al mismo tiempo.

III. Porque son dos escollos opuestos y peligros la desconfianza desesperación y la negligencia o exceso de confianza. El confiar demasiado arruinó a Satanás y le siguió la desesperación; la confianza y esfuerzo levantó a Saulo. La negligencia y demasiada confianza hizo a Judas traidor; el ladrón le salvó el no desesperar. El demasiado confiar perdió al fariseo; el no desesperar salvó al publicano. Finalmente, toda la ciudad de Nínive se salvó por no desesperar, y en este caso, de los ninivitas se echa de ver muy especialmente la bondad de Dios Nuestro Señor.

IV. Atendamos, pues, a esto ejemplos y no desconfiemos, porque la desesperación es la más terrible arma del demonio, y no le damos tanta alegría al pecar, como al desesperar de alcanzar perdón y por esta razón olvidarnos de pedírselo a Dios. Pruébese toda esta doctrina con un testimonio de San Pablo, que cuando pecó un cristiano, exhortó a los demás a llorar y temer por sí para evitar la demasiada confianza de los inocentes; mas cuando se convirtió, mandó que le mostrasen especial amor, para que no desesperase el que fue culpado.

V. Ejemplo de Judas que, por haber desesperado, se perdió.

VI. Ejemplo del hijo pródigo que, por haberse vuelto a su padre, fue por él recibido con los brazos abiertos; aquí aparece la benignidad de Dios, y más todavía en la parábola del pastor que fue tras la oveja perdida y la devolvió en sus hombros al rebaño.

VII. Por consiguiente, no desconfiemos de la piedad de Dios, y evitemos también el ser demasiado confiados. Para evitar esto último dice San Pablo: "El que está en pie, mire no caiga." Para evitar lo primero, dice el Salmo: "Hoy, si oyeréis su voz, no endurezcáis vuestros corazones". Mientras se nos dice este *hoy*, confiemos en la bondad de Dios.

¿Acaso os habéis acordado de mí durante este tiempo en que he estado ausente de vosotros? Porque yo jamás he podido olvidarme de vosotros, sino que aun después de dejada la ciudad, no dejé vuestra memoria; antes bien, así como los que sienten amor a un cuerpo hermoso, a dondequiera que vayan llevan consigo el rostro deseado, así también yo, encendido en el amor de la hermosura de vuestras almas, siempre llevo conmigo la belleza de vuestro interior. Y así como los pintores, mezclando colores diferentes producen las imágenes de los cuerpos, así también yo, uniendo como otros tantos colores diversos vuestra diligencia en las demás virtudes, y representando de este modo el retrato de vuestras vidas, y poniéndolo ante los ojos de la mente, recibía con esta ilusión suficiente consuelo en mi ausencia. Y esto revolvía sin cesar en mi mente, tanto sentado en casa como de pie, tanto al caminar como al reposar, tanto al entrar como al salir, soñando en vuestro amor: y no sólo de día sino también de noche me gozaba con estas ilusiones. Y lo que Salomón dijo: *Yo duermo, y mi corazón está en vela* (Cántico, v. 2), me sucedía entonces también a mí. Porque la necesidad del sueño comprimía mis párpados, pero la tiranía de vuestro amor despertaba los ojos de mi alma; y muchas veces en sueños me parecía hablar con vosotros. Porque suele nuestra alma fantasear de noche lo que pensó entre día, como me sucedía entonces a mí; y no viéndose con los ojos de la carne, os veía con los ojos del amor, y no estando presente con el cuerpo, estaba presente con el deseo, y en mis oídos resonaba continuamente vuestro clamor. Por esto, aunque la debilidad del cuerpo me obligaba a estar allí por más tiempo, y gozar de lo provechoso de aquellos aires para la salud corporal, la violencia de vuestro amor no lo consintió, sino que reclamó contra mí, y no cesó de enojarse hasta haberme hecho levantar de aquel sitio antes del tiempo conveniente, aconsejándome que no juzgara haber para mí ni salud, ni gusto, ni bien alguno fuera de estar con vosotros.

Persuadido de ello, más quise volver teniendo todavía reliquias de la enfermedad que sanar completamente, para no entristecer más vuestro amor. Porque mientras estaba allí, oía vuestras quejas, y continuas cartas me las comunicaban, y doy gracias no menos a los que se quejaban de mí, que a los que me encomiaban, pues aquellas quejas eran propias de almas que saben amar. Por esto me levanté y vine corriendo; por esto nunca pude apartar mi pensamiento de vosotros.

## II

Y ¿que tiene de extraño que yo viviendo en el campo y gozando de seguridad tranquila, me acordara de vuestra caridad, cuando Pablo, rodeado de una cadena y habitando en la cárcel y viendo que le amenazaban innumerables peligros, se acordaba de sus hermanos como si viviera en un campo y no en la cárcel, y le escribía estas palabras: *¿Cómo es justo que yo siento esto de todos vosotros, porque “os tengo en el corazón” y en mis ataduras, y en la defensa y confirmación del Evangelio* (Fil. 1, 7)? Por fuera le sujetaba la cadena de los enemigos; por dentro la cadena del amor de sus discípulos; la de fuera estaba forjada de acero, la de dentro estaba hecha de amor, aquellas muchas veces la dejaba; de esta jamás se podía arrancar; antes, así como las mujeres que sufridos los dolores del parto han llegado a ser madres, dondequiera que estén se ven continuamente atadas y sujetas por los hijos que dieron a luz, así también S. Pablo, y todavía mucho más, estaba como enclavado a sus discípulos, y tanto más cuanto son más amables los hijos espirituales que los naturales. Puesto que por ellos sufrió las ansias de darlos a luz no una sino aun dos veces, y clamaba diciendo: *Hijitos míos, a quienes de nuevo ansío dar a luz* (Gal. 4, 19). Y esto jamás puede pasarlo una mujer, ni puede sufrir de nuevo por un mismo hijo dolores de parto; pero Pablo sufrió aun lo que en la naturaleza es imposible; volver a concebir a los ya dados a luz, y padecer por ellos agudos dolores. Por eso, queriéndolos avergonzar, les decía: *a quienes de nuevo ansio dar a luz*; que era como decirles: Dejadme ya; ningún hijo atormenta por segunda vez el vientre maternal, como me hacéis vosotros sufrir a mi; puesto que aquellos dolores cesan en un tiempo determinado, y al salir el hijo del vientre de su madre, desaparecen; pero estos no así, sino que persisten meses enteros. Porque muchas veces por todo un año estuvo Pablo (como) con dolores de parto, y no los acabó de dar a luz. Y en el primer caso el trabajo es corporal; pero aquí estos dolores no atormentan el seno, sino que punzan la misma sensibilidad del alma.

Y para que veas cómo estos dolores son de mayor amor, ¿quién jamás deseó por sus hijos sufrir el infierno? Pero Pablo, no sólo elige sufrir el infierno, sino que ruega ser anatema de Cristo (Rom., 9, 3), para poder criar a los judíos, a quienes siempre y constantemente ansiaba dar a luz; y como esto no le sucedía, clamaba entre dolores: *Tengo gran tristeza e incesante dolor en mi corazón* (Rom., 9, 2). Y



de nuevo, en el lugar citado: *Hijos míos, a quienes de nuevo ansío dar a luz, hasta que se forme Cristo en vosotros* (Gal. 4, 19). ¿Qué seno más feliz que el que podía producir tales hijos, que tuvieran en sí mismo a Cristo; más fecundo que el que engendró a toda la tierra; más poderoso que el que era capaz de concebir de nuevo y formar con virtud del cielo a los hijos ya nacidos y crecidos y aun abortivos? Pues esto en el orden físico, es imposible. Y ¿por qué no dijo: *Hijitos míos, a quienes de nuevo "reengendro"*, sino "*ansío dar a luz*" (1 Cor., 5, 15)? pues en otro lugar dice "engendrar". Porque en *Cristo Jesús os engendré*. Es que allí sólo quería demostrar la consanguinidad, más aquí se esforzaba en manifestar también el trabajo. Y ¿cómo llama hijos a los que aún no habían nacido? Porque si ansiaba darlos a luz, aún no los había dado a luz. ¿Cómo, pues, los llama hijos? Para dar a entender que no eran estos los primeros dolores de parto, lo cual era bastante para avergonzarlos. Porque fui ya una vez padre, dice, y sufrí por vosotros el debido dolor, y también vosotros fuisteis hijos una vez; ¿cómo pues, me ponéis en nuevas angustias? Basten los trabajos de la primera crianza; ¿por qué me atormentáis segunda vez con dolores? No era menor el trabajo que le causaban los delitos de los fieles que los de los infieles. Porque era insufrible verlos después de la participación de tales misterios correr fugitivos a la impiedad; por eso, con agudos y vehementes gemidos, más dolorosos que el de una mujer que está de parto, clamaba así: *Hijitos míos, a quienes de nuevo ansío dar a luz, hasta que se forme Cristo en vosotros*. Y esto decía con la intención de animarlos y atemorizarlos al mismo tiempo: porque el darles a entender que aún no estaba en ellos formado Cristo, les infundía temor y sobresalto; mas el declararles que era posible que se formase todavía, les daba nuevo ánimo. Pues al decir *hasta que se forme* es propio de quien indica estas dos cosas: que todavía no se ha formado, y que es posible que se forme. Puesto que si no fuera posible, en vano les diría *hasta que se forme Cristo en vosotros*, y los sustentaría con vanas esperanzas.

### III

Sabiendo, pues, esta doctrina, no desconfiemos también nosotros, pero tampoco nos crucemos de brazos, porque ambas cosas acarrearán la perdición. Porque la desesperación no permite que el que está en tierra se ponga en pie, pero la pereza hace que aun el que está en pie

venga a tierra; aquella suele privar de los bienes adquiridos, esta no deja desembarazarse de los males que nos acosan; y, e fin, la negligencia derriba aun de los mismos cielos, y la desesperación precipita a uno hasta el abismo del mal, así como el no desesperar hace que aun desde el abismo se levante uno con presteza. Y atiende bien qué poder tienen entrambas cosas: antes de la desesperación era bueno el demonio, pero cayendo en pereza y desesperación se precipitó tanto en la maldad, que ya jamás se levantó. Para que veas que antes era bueno, oye la Escritura: *Vi a Satanás caer como un rayo desde el cielo* (Lc. 10, 18). La semejanza del rayo declara tanto el resplandor de su primera transformación como la rapidez de su caída. Pablo era blasfemo y perseguidor y calumniador, mas cuando se esforzó y no desesperó, se levantó y llegó a ser igual a los ángeles. Judas era apóstol, mas cuando empezó, llegó a ser traidor. El ladrón, después de tantas maldades, por no haber desesperado, entró antes que los demás en el paraíso; el fariseo, por haberse engreído, cayó derribado desde la misma cumbre de la virtud; el publicano, por no haber desesperado, de tal manera se levantó, que pasó más adelante que él. ¿Quieres que te ponga delante el ejemplo de una ciudad entera? Toda la ciudad de Nínive se salvó de este modo, y eso que la sentencia los incitaba a la desesperación, porque no eran sus palabras *si se arrepienten, serán salvos*, sino sencillamente: *Aún faltan tres días* <sup>41</sup>, y *Nínive será arruinada* (Jon. 3, 4); y sin embargo, a pesar de las amenazas de Dios, a pesar de los clamores del Profeta, a pesar de no tener la sentencia plazo y distinción, no decayeron ni dejaron perder su provechosa esperanza.

Por eso no les puso alternativa ni dijo: *pero si se arrepienten, serán salvos*, para que cuando oigamos nosotros la sentencia de Dios, dada sin alternativa ni distinción, miremos a este ejemplo, y ni aun entonces desconfiemos ni desesperemos. Y no sólo se echa de ver la benignidad de Dios con los hombres, en que, o habiendo puesto distinción en la sentencia, se reconcilió sin embargo con los arrepentidos, sino en el mismo hecho de dar sentencia absoluta. Pues, si lo hizo, no fue sino porque quería aumentar en ellos el temor y aguijonear su desmedida pereza. Y aun en el tiempo mismo del arrepentimiento nos declara su indecible amor a los hombres; porque, ¿qué pudieron obrar tres días para desvanecer tan crecida maldad? ¿No ves cómo también por aquí aparece clara la providencia de Dios? Ella fue, ella, la que más que nada, contribuyó para la salvación de la ciudad.